

# *El silencio de la comunicación digital*

**JESÚS FERNÁNDEZ FÁBREGA**

**E**l Hombre como ser gregario, por naturaleza, siempre necesitó comunicarse; se puede decir que gracias a este sentimiento natural, que forjó los clanes, las tribus y que hasta en nuestros días persisten, aunque tengan otra nomenclatura, u otros signos de reconocimiento, la necesidad de agruparse, reconocerse, alinearse en una u otra actitud en la existencia vital, es tan vigente en la actualidad, como lo fue en el principio de los tiempos cuando el Cromagnon y el Neanderthal ocupaban su lugar en la historia. En los tiempos actuales con la criba social,

impuesta por los sistemas políticos, hasta los “malos” tienen sus asociaciones, sus mafias, al fin y a la postre nos gusta defender unos colores, símbolos, identidades, un largo etcétera tan variopinto y extenso como lo puede ser la imaginación.

El asociacionismo humano tiene un pilar fundamental, básico e inherente a su naturaleza, y es la comunicación, sin la cual la evolución no hubiera sido posible, Siempre hubo fenicios comerciantes, tambores parlanchines, palomas mensajeras, incluso en nuestros días hay pueblos que por su orografía abrupta utilizan el silbo como medio de

comunicación, no utilizan el teléfono celular, no señor, es mucho más fácil transmitir generacionalmente un sistema de comunicación, barato, útil, que no depende de sofisticada tecnología para funcionar. Pero estos son casos aislados, incluso son calificados como pintorescos, peculiares, vamos una atracción turística. La sociedad moderna tiene otros retos, otras demandas, y el desarrollo de la comunicación, como vehículo único, es el artífice de nuestra modernidad .

Hoy en nuestra vida cotidiana, casi sin darnos cuenta la comunicación nos envuelve como sábana invisible. Nos arropa, nos ayuda, hasta nos puede asfixiar, es tal su transparente poder que son necesarios elementos de control, regulados, para su óptima utilización. Además su espectro se incrementa día a día, de ello se encargan los poderes económicos y la tecnología, facilitando el acceso a ella y brindando al usuario la posibilidad de manejo, disfrute y uso de la misma, con el consiguiente desarrollo progresivo, alcanzando cotas insospechadas, las cuales tal vez nos sorprendan de una manera espontánea, en un momento de reflexión, que espero la lectura del presente documento suscite, si no ha sido así antes .

En nuestro mundo digital, donde las flatulencias de un habitante de China en la última región de ese vasto país, que tienen la primicia de emitir unos sonidos diferentes a los de otras regiones del planeta, son captadas por los medios de comunicación por su peculiaridad, convirtiendo lo insólito en moneda de cambio, presentándolo en cualquier hogar del planeta, a la hora de almorzar, a través de la televisión. Un medio polémico por la fuerza de impacto, que crea incluso dependencia o adicción, que su fuerza reside en la comodidad del formato en el cual nos llega, los ojos son como niños, dice el tópico, por lo tanto ingenuos. El Globo en su

integridad, está afectado por los medios, se nos ha quedado pequeño o, mejor dicho, nuestra tecnología es tan poderosa en las manos de quien la maneja, en esos niveles donde la competencia es feroz, casi diría despiadada, que han logrado despertar una conciencia de unidad, el fenómeno conocido como globalización, que afecta a todas las áreas del desarrollo humano en general, siendo la comunicación el catalizador único.

Sabemos lo que sucede en cualquier parte de nuestro globo a las pocas horas del evento o catástrofe. La globalización es un efecto integrador, seguramente no buscado, no siendo el fin primordial, de los “manipuladores” de la comunicación, provocando situaciones que tendrán una relevancia futura de insospechadas consecuencias, ya hoy estamos observando las conductas migratorias, de pueblos que vienen de mundos divididos por la economía, pasando del tercer mundo al primero, a muy alto precio, solapándose humildemente y empezando un nuevo proceso evolutivo.

Hasta no hace mucho tiempo, un crimen pasional quedaba enterrado en el lugar de origen, o a lo sumo en su región, en los tiempos que corren la región es mucho más amplia, al igual que salen a la luz otras conductas humanas, que revulsionan los cimientos sociales, que algunos enquistados en la hipocresía no quieren ver, tales como la pederastia, los malos tratos en familia, y un etcétera penoso pero demandante de un cambio en lo social. La digitalización está cambiando nuestra vida paulatinamente, como rodillo imparable, infligiéndonos casi sin darnos cuenta un conocimiento de la realidad abstracta del ser humano, con todas sus consecuencias, destruyendo mitos regionales o exóticos, ampliando el conocimiento, homogeneizando y aglutinando criterios, los cuales despiertan conciencias dormidas, en la

comodidad de sus entornos. Y surgen voces bravas tildadas de romanticismo, que se alinean en torno a un ideal, diferente al de Cromagnon o al de la revolución francesa (los tiempos cambian), creando organizaciones, plataformas, asociaciones, para la defensa de los derechos razonados, que ya forman parte del nuevo milenio.

Paralelamente, la comunicación en sus múltiples facetas provoca situaciones que causarían estupor y admiración a las generaciones anteriores, desde el hogar en ropa descansada, un adolescente es capaz de comunicarse con el exterior, con un lenguaje aprendido sin esfuerzo, internet, banners, links, mundo virtual, cibernética, con un ordenador que el marketing obliga, se accede a mercados sin regateo. Amplios, cómodos, fáciles, sin riesgos, donde se puede adquirir desde un alfiler, hasta un elefante hembra de color rosa, o la información precisa que buscamos, con un menú casi eterno.

Pero lo que llama mi atención es el silencio con el cual se puede realizar la transacción. En un mercado tradicional, es el bullicio, el contacto con otros compradores a nivel visual, o físico si son unas rebajas, el talante del vendedor desde somnoliento hasta pícaro sin olvidarnos del embaucador, lo definitorio; en cambio, el moderno internauta navega por mundos virtuales con la compañía del silencio, o de su música preferida, creando a todas luces un mundo privado, exento de influencias exteriores condicionando sus paradas en la red. Son unos parámetros distintos, no habituales, transformando su mundo interior inevitablemente, y creando una personalidad más individualista, al no percibir las influencias exteriores, que decantarían sus apetencias. ¿Qué pasará con las percepciones externas en la nueva era virtual? Supongo que se irán transformando hacia lo subliminal, técnicas psicológicas de captación, colores, formas o

sonidos, para atraer a los entes digitales que responden con un código, más “@”, y no sabemos nada más, si son altos, bajos, de color, feos o agradables. Este silencio es para ambas partes, no hay juego sensorial tradicional, sólo comunicación pura y dura, creando mundos imaginarios con otra sensorialidad naciente, nueva, a explorar, los nuevos Marco Polos no tienen que cruzar el atlas en camello, se puede explorar en un cómodo asiento los vericuetos de las otras mentes, proyectar la imaginación, desarrollar nuevas áreas de percepción, sin los prejuicios del cara a cara, tal vez obligando a mirar dentro de las almas, con intercambios realizados en la impunidad del anonimato, desarrollando en la sombra de su individualidad acercamientos y colaboraciones; en suma, relaciones de todo tipo que, no siendo nuevas para el hombre, en su concepto sí lo son por la forma en que se realizan. Como las distancias que recorren, o en el tiempo en que se realizan los viajes en las infopistas, con un simple ratón como equipaje.

¿Estamos ante una nueva era?, alguien dijo que este siglo que viene o es espiritual o será un caos. Tal vez estemos en el principio de una nueva espiritualidad, acercándonos a la parte intangible del ser, suprimiendo nuestra naturaleza física, o condición social, que nos limita. Ya no será necesario cruzar el “umbral de la materia”, ya que la comunicación digital nos ofrece medios para movernos con ingravidez virtual, transgrediendo las más elementales normas de la Física. Las nuevas generaciones de medios pondrán en nuestras manos tecnologías que, obligatoriamente, cambiarán nuestra cultura y costumbres postulando un cambio, ¿hacia lo espiritual quizás? Cómo nos afecta saber si un texto que, con singular belleza, nos roba unas lágrimas, o nos transporta a un estado de irrefrenable alegría, está escrito por una

monja de clausura o el estrangulador de Tráncor. ¿Estamos ante una nueva era, también en el engaño?, pues toda esa inmediatez conlleva sorpresa, la penetración es limpia y directa en nosotros, consiguiendo el efecto deseado sin dar opciones a la razón, y puede ser el estrangulador y no la monja. Sentir es nuestra mejor e implacable condición, pero también nuestra mayor debilidad.

Seguramente las respuestas a todas estas preguntas no se puedan contestar todavía con un mínimo de acierto. A diferencia de los medios de comunicación, nuestra evolución terrenal no lleva la misma velocidad, tengamos fe en el hombre como ser esencialmente racional, y no olvidemos los sentimientos que sustentan la parte eterna de su alma, para poder adaptarnos a los nuevos tiempos con éxito. Y si nuestra confianza en el ser racional no tiene los avales necesarios, la comunicación por su propia dinámica, como corrector emergente, nos ha demostrado que tiene luz propia, la noticia que alborea un día, condicionada, manipulada, al tiempo vuelve a ser noticia por su manipulación, aflorando la verdad, restituyendo las propiedades lógicas de algo tan poderoso que incluso no permite la traición, castigándola en silencio sin ser juez ni verdugo.

Los nuevos tiempos exigen un respeto a las individualidades, a la verdad, responsabilidades que, unidas en una nueva consciencia global, forjarán el devenir en el tiempo del hombre vigilado en silencio por la comunicación digital.